

tein, que este era el genuino representante de la autoridad imperial dentro y fuera de Alemania, y nada lo demuestra mas evidentemente que el hecho de que el hombre de Estado francés enemigo de Austria y España fuese precisamente el que apoyaba enérgicamente los esfuerzos encaminados á conseguir la destitucion de Wallenstein. Aquel hombre tenia en sus manos los hilos de la política no solo en la asamblea de electores de Ratisbona, sino tambien en toda Europa. El emperador, al destituir á Wallenstein, cortó por sí mismo la rama en que estaba sentado, y la razon de que se resolviera á obrar así hemos de verla en primer término en la necesidad que tenia de la cooperacion de los electores si queria asegurar á su primogénito la corona real alemana. Por esto autorizó la destitucion de Wallenstein; mas á pesar de ello no logró el fin que deseaba: aquella decision inaudita y tan funesta para el curso sucesivo de los acontecimientos fué tomada en la asamblea de electores convocada por el emperador para junio de 1630 en Ratisbona.

En vano intentó el emperador, antes de que la asamblea se reuniera, reconciliarse con Maximiliano de Baviera, el jefe de la oposicion de los electores, enviándole al abad de Kremsmunter y ofreciéndole por conducto de este que cesarian los nuevos reclutamientos de Wallenstein; y en vano tambien quiso este llegar á una inteligencia con la Liga, idea que el mismo Tilly aceptó. Apenas el emperador inauguró solemnemente las sesiones de la asamblea (3 de julio) entregando la proposicion al elector de Maguncia, desencadenóse la tormenta sobre el general. En un principio la acometida solo partió de los príncipes católicos, pues los protestantes, en quienes el edicto de restitucion habia despertado gran desconfianza contra los planes de reaccion católica de la Liga, se mantuvieron reservados y no se recataron de decir que mas temores les inspiraban aquellos planes que el mismo Wallenstein. El elector de Brandeburgo, por ejemplo, habia ordenado á sus embajadores que se abstuvieran en todo aquello que significase censuras dirigidas únicamente contra Wallenstein y que se quejasen de las vejaciones cometidas por *ambos* ejércitos; añadiendo la instruccion: «Si nuestros embajadores comprenden que los electores católicos encaminan sus esfuerzos á lograr la destitucion del duque de Friedlandia y á conseguir para sí la direccion de la guerra, no intervendrán en nada de cuanto á esto se refiera.» En cambio los príncipes de la Liga estaban incondicionalmente apoyados por la embajada francesa cuya mision ostensible era el arreglo de la cuestion de la sucesion de Mantua. Esa embajada componíase del embajador propiamente dicho M. Leon de Bruslart y de aquel fraile capuchino, el padre José Le Clerk du Temblay, que, despues de Richelieu, era el mayor talento diplomático que Francia entonces poseía. El fué quien directamente trabajó contra Wallenstein, y por conducto suyo declaró el cardenal que, en caso de que el emperador no cediera, su rey estaba dispuesto á unirse con los electores. El rey, á su vez, contaba con el apoyo del embajador español, duque de Doria, que representaba la política antifrancesa y aconsejaba enérgicamente un ataque contra Francia y Holanda, y en este concepto combatia la destitucion del general. Wallenstein permanecia en Memmingen, en donde, sin cuidarse de los debates de la asamblea de electores, hacia activamente los preparativos para atacar á Francia así en Italia como desde Alsacia.

Como de costumbre, la base de las discusiones de Ratisbona fué la proposicion del emperador, que abarcaba cinco puntos sometidos á la asamblea en forma de preguntas: 1.ª ¿Qué debía hacerse en definitiva con el proscrito elector del Palatinado? 2.ª ¿Cómo debía procederse respecto de los holandeses para arrebatarles las plazas que en territorio im-

perial ocupaban, y sobre todo para acabar con la proteccion que dispensaban al conde palatino? 3.ª ¿Qué resistencia se opondria al rey de Suecia en el caso de que quisiera entrometerse en los asuntos del Imperio? 4.ª ¿Qué actitud se adoptaria contra el rey de Francia si persistia en intervenir arbitrariamente en las cuestiones de Italia? 5.ª ¿De qué modo podia ordenarse la organizacion militar?

De todas estas preguntas, los electores solo estaban dispuestos á contestar en el sentido que el emperador queria á la tercera, es decir á la relativa al rey de Suecia, y en efecto declaráronse prontos á tomar parte en la guerra contra aquella potencia. A la cuarta contestaron aconsejando vivamente al emperador que procurase llegar con Francia á un acuerdo, que efectivamente se firmó despues, en el cual Fernando, á pesar de las victorias que entretanto habia alcanzado en Italia, reconoció en la posesion de Mantua y Monferrato al duque de Nevers, quien á su vez pidió perdon al emperador. La discusion sobre la guerra con Holanda fué aplazada para la próxima dieta; en cambio los electores discutieron con calor la quinta pregunta, que era para ellos de capital importancia, y desde luego no quedaron satisfechos con las tradicionales quejas y acusaciones, sino que acordaron, contra el voto de los protestantes, exigir inmediata y directamente la destitucion de Wallenstein y pedir al emperador «que pusiera al frente del ejército un jefe que residiera en el Imperio, que gozara en él de gran prestigio y que inspirara gran confianza á los demás Estados.» El dia 15 de julio se logró acallar la oposicion que hasta entonces hicieran los protestantes á dar en comun un paso contra Wallenstein, y al dia siguiente todos los electores acordaron enviar al emperador un memorial quejándose de verse privados de toda consideracion y sometidos á los comandantes imperiales, que por su condicion no podian compararse con ellos y de quienes habian de soportar en silencio innumerables vejaciones, fundando detalladamente todas sus quejas, citando especialmente el ejemplo de Brandeburgo, que hasta entonces habia tenido que gastar él solo cuarenta millones de thalers, y pidiendo en conclusion y terminantemente un cambio en el generalato. En otro memorial de 19 de julio solicitaban del emperador que en lo sucesivo escuchara los consejos de los electores y no ejecutara ningun acto de gobierno sin su conocimiento, y le pedian especialmente que se incoara un proceso en debida forma contra los duques de Mecklenburgo, arrojados de sus dominios. El emperador vaciló: temia naturalmente contestar con una negativa rotunda al memorial de los electores y no podia, por otro lado, resolverse á abandonar á su general; así es que buscó una respuesta que diera largas al asunto, diciendo que, si se formulaban algunas acusaciones *in specie* contra su general, las escucharía gustoso y resolvería sobre ellas lo que fuere de justicia.

Pero los electores no quisieron aceptar esta idea de las quejas especiales é individuales que, además de aplazar indefinidamente la resolucion del asunto, podian dar lugar á una minuciosa justificacion por parte de Wallenstein; así es que en 1.º de agosto los tres electores eclesiásticos y Maximiliano de Baviera se presentaron personalmente al emperador y le entregaron un nuevo memorial de agravios contra el general. Fernando se resistió enérgicamente durante algun tiempo á acceder á las pretensiones de los electores, entre los cuales y él existia visiblemente gran tirantez de relaciones, que puso en aprension á los consejeros secretos imperiales á cuyo dictámen sometió el emperador el asunto. Estos, en su informe, defendieron á Wallenstein, contra quien no podia en realidad formularse una acusacion concreta; pero al mismo tiempo expresaron el temor que tambien á ellos les inspiraba la desmedida ambicion del generalísimo,

diciendo que temian que Wallenstein, en caso de ser destituido, «se sirviera del ejército de que disponia, que habia creado con su crédito y á cuyos jefes habia encumbrado y enriquecido, imitando el ejemplo de otros caudillos ofendidos de que habla la historia.» Por si esto sucedia, aconsejaban al emperador que se asegurase el apoyo de los electores y terminaban recomendándole que de ningun modo se dispusiera con estos y que antes prefiriera destituir á su general, pues de lo contrario debía prepararse á tener enfrente una alianza de Estados imperiales católicos y protestantes. En este sentido trabajaban efectivamente los electores católicos con gran celo á fin de obligar de este modo al emperador á que cediera á sus pretensiones, y procuraban llegar á una estrecha inteligencia con los electores protestantes, para lo cual no vacilaron en prometer á estos que el edicto de restitucion no se ejecutaria en sus respectivos Estados. Era esta una nueva prueba de las contradicciones que caracteri-

zaban á la política de la Liga, pues mientras por un lado se prometia á los electores protestantes la revocacion del edicto en sus territorios, por otro se censuraba duramente á Wallenstein porque, consecuente con su sistema, no queria poner en ejecucion el mismo edicto en Wurtemberg.

A pesar de esta actitud enérgica de los electores católicos contra Wallenstein, el emperador, en la contestacion que por escrito les dió en 7 de agosto, no abandonó á su general, antes al contrario lo defendió en lo referente á la exigencia por aquellos formulada para que se incoara un proceso sobre la cuestion de Mecklenburgo.

En aquellos momentos decisivos luchaban entre sí las mas contrapuestas influencias en la corte del emperador, cuyo primer ministro, el príncipe de Eggenberg, continuaba apoyando á Wallenstein; pero al fin la balanza se inclinó en contra de este merced á los esfuerzos del Papa, el cual, identificado con la política francesa, trabajó con todo empeño á

Facsimile de la firma de Wallenstein, Alberto duque de Friedland, puesta al pie de un documento fechado en 23 de marzo de 1628. Tamaño original. (Real Archivo secreto de Estado, de Berlín.)

fin de conseguir la destitucion del general, sirviéndose para ello del padre Lamormain, confesor de Fernando. En 12 de agosto los electores dirigieron una nueva solicitud al emperador, y entonces este se decidió á acceder á sus exigencias, con la condicion, sin embargo, de que Wallenstein no sufriría ningun menoscabo en su honra ni en su fortuna. Esta resolucion debia ser notificada á Wallenstein en la forma mas suave, y para trasmitírsela eligió el emperador para embajadores á dos de los mejores amigos del general, Werdenberg y Questenberg, los cuales debian tratar de demostrarle que Fernando no podia resolver el asunto de otro modo, dada la presion ejercida por los electores. Wallenstein, que habia estado siempre al corriente de lo que ocurría en Ratisbona, recibió á los emisarios imperiales placenteramente, contra lo que todos esperaban, y les manifestó, indicándoles los instrumentos astrológicos que llenaban su despacho, que hacia tiempo habia leído en los astros que el espíritu del elector de Baviera dominaba al del emperador. Añadióles que por ello no dirigía á este censura alguna y que únicamente lamentaba que el soberano no le hubiese defendido con mucho calor. Wallenstein despidió á los embajadores colmándoles de presentes y en apariencia se sometió á la resolucion imperial que de repente le arrojaba de la elevada posición que habia alcanzado, retirándose á sus dominios de Bohemia, á Gitschin, en donde se rodeó de pompa verdaderamente régia. Convencido de que era inminente una nueva guerra con Suecia, si es que ya no habia comenzado, resolvió esperar, aparentemente tranquilo, pero profundamente disgustado en su interior, el momento en que volverían á ser necesarios sus servicios.

TERCER PERIODO

GUSTAVO ADOLFO DE SUECIA Y WALLENSTEIN.
LA PAZ DE PRAGA (1630-1635)

DESEMBARCO DE GUSTAVO ADOLFO EN POMMERANIA

En los momentos mismos en que la dieta de Ratisbona tomaba la gravísima resolucion de destituir al general victorioso que por vez primera, desde hacia mucho tiempo, habia hecho del emperador una verdadera autoridad soberana en el Imperio, desembarcaba en el Norte de Alemania el héroe que habia de hacer descender á Fernando de la altura á que se encumbrara, salvando á la vez al protestantismo en Alemania y restableciendo el equilibrio de fuerzas en Europa. Es digna de ser consignada la circunstancia de que el desembarco de Gustavo Adolfo se habia ya realizado y de él se tenia ya noticia en Ratisbona cuando se inició el verdadero ataque de la Liga contra Wallenstein. El dia 26 de junio llegaron á la isla de Usedom los primeros barcos suecos, y el 16 de julio los electores reunidos en Ratisbona entregaron al emperador su primer memorial contra Wallenstein. El hecho de que unos príncipes católicos, deseosos de que se cumpliera enérgicamente el edicto de restitucion, con lo cual impulsaban á los protestantes á una resistencia vigorosa, exigieran del emperador, en aquel momento de supremo peligro en que surgía un nuevo auxiliar y salvador del protestantismo amenazado de muerte, la destitucion del único general capaz de hacer frente al nuevo enemigo, este hecho,

decimos, demuestra cuán ciego era el odio de los príncipes contra Wallenstein y cuán equivocadamente apreciaban el poder del nuevo adversario. El mismo emperador no parecía tener idea de la magnitud del peligro que le amenazaba, y con el buen humor característico de la corte de Viena, de que él hacía gala en las circunstancias menos oportunas, decía que «al fin y al cabo se trataba de una pequeña guerra mas.» Los príncipes católicos estaban tan engreídos con las victorias conseguidas por las armas imperiales y liguistas y por el incremento colosal que merced á ellas habían logrado las tendencias de la reacción católica, y creían tan seguro su triunfo, que públicamente manifestaban su alegría por el desembarco del «rey de la nieve;» pues gracias á él habría ocasión de proceder á nuevas confiscaciones de los bienes de aquellos que se unieran á Gustavo Adolfo. La cancillería imperial de Viena, cuando tuvo noticia del desembarco de este, hojeó el calendario de Estado para ver en qué parte estaba situado el pequeño territorio del reyzeuelo godó.

Esta ceguedad imprevisora era tanto mas incomprendible cuanto que el general cuya destitución se iba á decretar hacia años que, con claro conocimiento de la situación y de la personalidad de Gustavo Adolfo, venía indicando el peligro que por aquel lado amenazaba, pudiendo decirse que la política de Wallenstein durante los últimos tres años, es decir, desde que pensó seriamente en imponer la soberanía imperial en el Báltico, estuvo siempre influida por la idea de encontrarse frente al rey de Suecia, cuya energía y prudencia había podido apreciar por vez primera y de un modo harto sensible con ocasión del sitio de Stralsund. De una porción de cartas escritas por Wallenstein á sus íntimos se desprende evidentemente que si en Lubeck impuso al monarca dinamarqués condiciones tan extraordinariamente benignas, á pesar de las grandes victorias sobre él alcanzadas, fué tan solo porque temía que de continuar la guerra se mezclase en ella Gustavo Adolfo. Por la misma razón Wallenstein, que tan celosamente cuidaba de conservar todo su ejército bajo su mando inmediato, había hecho una excepción con motivo de la guerra de Suecia con Polonia, no obstante no tomar directamente parte en ella el emperador. En efecto, en 1629 envió á uno de sus mejores oficiales, el general Arnim, con un ejército de mas de 10.000 hombres en auxilio del rey de Polonia para que este pudiera resistirse mejor contra Gustavo Adolfo, evitando que este se mezclara en la guerra de Alemania. De aquí que el armisticio que á pesar de estos refuerzos firmaron por seis años Suecia y Polonia, setiembre de 1629, le infundiera nuevos temores y le indujera á mostrarse al principio contrario á la guerra que había estallado en Italia con motivo de la sucesión de Mantua, pues quería conservar toda su libertad de acción para dedicarse á la guerra sueca que amenazaba estallar de un momento á otro. También en esto demostró ser el único hombre de Alemania que veía con perfecta claridad la situación política universal.

En realidad, durante los últimos años habían sido mas patentes que nunca los indicios de que Gustavo Adolfo tenía formal propósito de llevar á Alemania la guerra contra el emperador, con quien había estado repetidas veces en completa oposición política. Efectivamente, en 1624 y 1625 habíase tratado muy seriamente de confiar á Gustavo Adolfo y no al rey de Dinamarca la dirección de la guerra en la Baja Alemania, y durante toda la guerra con Dinamarca Wallenstein, á pesar de todas sus victorias, veía alzarse de continuo en su camino obstáculos levantados por la influencia del rey de Suecia. Además, desde el momento en que Wallenstein, encumbrado á una altura nunca imaginada, manifestó el propósito de conquistar la soberanía del Báltico para el Imperio, á nadie que fuera un poco perspicaz podía ocultársele

que esta cuestión promovería inevitablemente una guerra entre el emperador y Suecia. El antagonismo político era cada vez mas evidente. El poderío que la joven monarquía sueca había conquistado durante los últimos cien años en empeñadas luchas contra los Estados vecinos descansaba sobre dos bases: una era su carácter eminentemente protestante, robustecido por difíciles contiendas intestinas; otra, la soberanía del Báltico y del comercio de este mar, que había sido el objetivo invariable de la política de Gustavo Adolfo en sus luchas contra Dinamarca, Rusia y Polonia. Estos dos pensamientos fundamentales de la política sueca, el del protestantismo y el del *Dominium maris Baltici*, estaban unidos inseparablemente, y en ambos era el emperador el antipoda del Estado sueco. De suerte que si Gustavo Adolfo no quería que el emperador y su general le arrebatasen lo que tantos años de trabajo difícil le había costado conquistar, no tenía mas remedio que declarar la guerra á Fernando, para lo cual era motivo político suficiente el auxilio militar que este había prestado al rey de Polonia. El gran antagonismo de los tiempos de Felipe II reaparecía bajo nueva forma; y si es cierto que un Estado solo puede ser conservado por las fuerzas que le dieron vida, era para Gustavo Adolfo de todo punto necesario dirigir por motivos políticos y religiosos su política contra el poderío universal de los Habsburgos: de ello dependía la existencia de su propia dignidad real.

Suecia debía su existencia como Estado independiente á Gustavo Wasa, abuelo de Gustavo Adolfo; él echó aquellos sólidos cimientos sobre los cuales descansaba la importancia que esa nación tenía en la Europa septentrional, á saber: en el interior aquel sentimiento profundamente protestante, merced al cual y apoyado por la burguesía y los labradores había podido alcanzar para la monarquía una importancia independiente enfrente de la poderosa aristocracia, y en el exterior la consecuencia de los esfuerzos hechos por conseguir influencia y poderío en el Báltico, la vía mercantil mas importante en aquella parte de Europa. Sobre aquellos cimientos había seguido edificando Erico, el primogénito de Gustavo Wasa, si bien de un modo tan violento y tan precipitado que acabó por luchar contra su propio hermano Juan, que le hizo prisionero. Era éste hombre dotado de gran talento, pero inconstante, y se apartó por completo de la senda que su padre le trazara, poniendo en duda el carácter eminentemente protestante de su Estado é inclinándose cada vez mas al catolicismo. La enérgica oposición que estas tendencias del monarca despertaron en su pueblo, sinceramente afecto á las creencias protestantes, subió de punto cuando Juan hizo sentar á su hijo Segismundo en el trono de la católica Polonia, dando á comprender con ello su propósito de sustituir la unión sueco-dinamarquesa, que tanto había costado destruir, con una unión sueco-polaca, facilitando de esta suerte el predominio del catolicismo en Suecia. A esta oposición contra las tendencias catolizadoras del rey Juan debió su elevación al trono la rama de los Wasas á que pertenecía Gustavo Adolfo. Con efecto, cuando por muerte de Juan hubo de ceñir la corona sueca el hijo de este, Segismundo, entonces ya rey de Polonia, el pueblo procuró al principio tomar garantías contra las tendencias catolizadoras del mismo, que habrían á la vez traído consigo el restablecimiento del poder de la aristocracia, como en Polonia sucedía, haciendo prestar al nuevo rey un juramento por el cual se obligaba á respetar las creencias y los privilegios del país. Mas como, á pesar de este juramento, cada día se manifestaron mas claramente los sentimientos católicos de Segismundo, arreció de tal manera la oposición contra su gobierno, que la nación acabó por nombrar primero regente

(1604) y luego rey de Suecia al hermano menor del difunto monarca Juan, y tío por consiguiente de Segismundo, Carlos de Sudermanlandia, que se conservaba fiel á la religión protestante. Este príncipe excelente, sagaz, frío en sus cálculos é independiente en sus juicios, entró de nuevo con plena convicción y absoluta lógica en la senda abierta por su padre

Gustavo Wasa, manteniendo con igual firmeza el carácter protestante de su monarquía y los pensamientos políticos fundamentales sobre que descansaba la importancia de su Estado.

Hijo de este rey Carlos, que por sus fervientes sentimientos protestantes había arrojado del trono sueco á su católico



Segismundo III, rey de Polonia. Facsimile reducido del grabado, 1632, de Federico Hulsius

sobrino, era Gustavo Adolfo, que al morir su padre en 1611 ciñó la corona de Suecia cuando solo contaba diez y siete años. A primera vista se comprende lo que esto significaba. Por sus creencias protestantes había sido elegido rey; de sus sentimientos religiosos dependía, pues, exclusivamente la conservación de aquella corona, en cuya posesión negóse siempre á reconocerle su primo el rey de Polonia.

La misión de aquel joven era sumamente difícil: su padre habíale dejado por herencia tres guerras extranjeras, con Dinamarca, con Polonia y con Rusia, en las cuales había de conquistar no solo su propio poder, sino también la inde-

pendencia de su reino; y por otra parte, el estado interior de este no ofrecía gran seguridad y era muy poco halagüeño, pues los disturbios que lanzaran del trono á Segismundo y elevaran á él al padre de Gustavo Adolfo habían dejado funestas huellas. Carlos no había podido reducir por completo á la nobleza, que tan favorecida se había visto por Juan y que de tanta influencia había gozado durante el reinado de este, lo cual era tanto mas peligroso cuanto que aquella aristocracia mostrábase abiertamente partidaria del rey Segismundo de Polonia, que no había renunciado á sus derechos al trono de Suecia. No dejaba por consiguiente de ser peligroso aten-